

Doña Silveria gruñó, acelerando la marcha. ¿Tenía ella la culpa de que no tomaran un coche?

—Bien sabes que no hay dinero,—dijo la muchacha con acento triste.—Después de pagar á la modista, me quedé sin una peseta.

¡Y qué? Eso se lo tenía merecido ella, por despilfarrada. Que entraran al teatro las gentes de recursos, está bien; pero que fueran á hundirse allí los pobres, era una locura, sí señor, una locura. Y con voz aguardentosa censuró á su hija semejante disparate, sin acordarse de que había sido la que desarrolló tal propósito en la mente de ella. Clara se detuvo, reprimiendo irresistible impulso de ira. Se mordió los labios; y en tanto que sus ojos brillaban, murmuró:

—Madre, cállate, no me fastidies. Eres idiota...

No hablaron más. Siguieron su camino con la frente inclinada, calenturienta la faz por el insomnio. En el cielo, argentados resplandores de luna se filtraban por entre el amontonamiento de nubes negras. En el horizonte, en un claro de espacio, diminuta estrellita titilaba, como una dulce esperanza. ¡Ah, pero estaba tan lejana, tan

lejana!...—Torcieron por la calle de Tacuba. Las aceras se alargaban, anchas, interminables. Los postes alzábanse, de trecho en trecho, con una regularidad desesperante. La soledad parecía volver más aguda, más intensa, la angustia de Clara.—¿Qué haría? Su existencia futura era una amenaza; no la restaba ya ninguna senda posible para llegar á donde se proponía. ¿Por ventura era capaz de condenarse eternamente á su actual miseria, á la lenta muerte de sus ambiciones, encarcelada en la viviendita pobrísima? No, nunca. Se rebelaba con solo pensarlo. Si para ser honrada fuese necesario el sacrificio, preferiría la deshonra, sí, el desdoro, pero con el boato, con la molice, con el lujo, con aquel delicioso «no hacer nada» de sus primeros años.

Bajo el pórtico sombrío del palacio edificado por Tolsa, vió á un gendarme que dormitaba, teniendo al lado la linterna. ¿No era aquel pobre sér, sacrificado á la vigilia, una representación de la existencia con honra? No, ella quería dormir, ella quería gozar, hundirse en largos años de dicha. Experimentó cierto alivio al columbrar las masas de follaje de la Alameda, recortando el cielo. Precipitóse, corriendo, sin percatar-

se de doña Silveria, que, gracias á sus esfuerzos, apenas si lograba darla alcance. — Atravesaron el patio. Reinaba allí el silencio y las sombras. Un gallo dormía en lo alto de la techumbre del lavadero, sacudiendo de vez en cuando el soberbio plumaje. Clara adivinó los ojos de la portera fijos en ella con avidez, cual si intentasen descubrir el suceso de la noche. Y allá á lo lejos, en el descansillo de la escalera, una luz discreta dejábase ver por entre los maderos entornados del ventanuco. La pobre tiple creyó vislumbrar una silueta, apenas iluminada por aquella luz. Era sin duda doña Manuela, rabiosa de curiosidad, que velaba aún, esperándola.

Entróse de prisa en el comedorcillo; se refugió en su cuarto, cerrando tras sí; arrojó luego el abrigo y el chal sobre la cama, y y atarazada por la pena, sentóse en el viejo sofá en que se recostara por las mañanas, cuando un rayito de sol, juguetón y alborotador, colábase por entre los visillos.—No lloró. Con el rostro escondido en las manos, palpitante el pecho, el cerebro abrasado por la fiebre, quedóse inmóvil, sin pensar, sin sentir nada, como si el peso de sus ambiciones desmoronadas la aplastase. La lampari-

lla de petróleo ardía en el tocador de cedro con gran luna biselada, único resto del antiguo fausto. La llama era trémula, parpadeante: envolvía el cuartito en una claridad amarillenta, desvanecida, como de crepúsculo otoñal. Sobre el mármol del mueble, veíanse los preparativos del *debut*: jabones de heliotropo, cajas de polvos, un blanco cepillo de dientes, y residuos de colorete. — Las litografías, clavadas en el muro, con sus muñecas rabias y sonrientes, parecían tristes. Habían perdido aquella alegría bohemia, que disimulaba la miseria de la pieza. Y en el rincón, un abanico japonés estaba á punto de caer, falto de sostén, como si las manos de su dueña se hallasen muy lejos.

Clara se puso en pie, al fin, con las pupilas enrojecidas, enmarañadas las negras guedejas. Titubeó un momento, cual si ignorase el partido que debería tomar; y, por último, disminuyendo la luz, desnudóse apresurada, cogió las sábanas, y se hundió entre las ropas del lecho.

Dormitó un instante. Revolvíase en medio de una soñación turbulenta, con los párpados entornados, vuelto el rostro hacia la pared que reflejaba los inciertos destellos de la lámpara. La cama chirriaba dolorosa-

mente, cual si no pudiese soportar aquel cuerpecillo rebelde, que, del dormitar agitado, pasara á la pesadilla. —Había de ser el suyo un sueño horrible, porque sus facciones se contraían y de sus labios brotaban débiles gemidos. Las ropas cayeron al suelo, y, por fin, incorporóse, espantada, sollozando. —Aun se estremecía al recuerdo de lo que soñara. ¡No, santo Dios, no era posible! ¡Ser pobre, tener ambiciones, y haber desaparecido su arma única de triunfo, su tesoro!...

Presurosa, arrojó la camisa que la cubría, saltó al pavimento, dió luz á la lámpara, y miróse al espejo. . . . Una sonrisa bañó sus labios. Sus ojos chispearon con aquella mirada dulce y altiva que los tornaba seductores.

No, el sueño había sido nada más que un sueño. Todavía era bella, divinamente bella, con su aire provocativo de cortesana desnuda.

VIII

Antofita rió estrepitosamente. Por entre la blusa abierta, su cuello blanco, de finetez, se estremecía al dar paso á la carcajada argentina que brotaba de los labios.

—Pero, Lena, ¿quién te ha dicho que el trabajo es cursi? Tan guapa y bonita, ó más quizá, es aquella muchacha que gana el pan, que la niña que se está en casa sin hacer nada.

Lena movió la cabeza, haciendo un mohín de enojo con su boquita sensual. Sus ojos oscuros brillaron como si una llamada de sorda irritación los iluminara. Luego, inclinando la frente y arrellanándose en la esvencijada silla, murmuró: